



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita. 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Eliche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptoras, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ

Arqueología de la verbena



I
Engullida por nuevos gustos que en nada se parecen a los manejados por el Julián y la Susana del maestro Bretón, la verbena, lo que por verbena popular se sobreentiende, la de la cadeneta de papel de colores, aceitosa rueda de churros y tiras de bombillas a cargo del presupuesto municipal, ésa viene pasando a mejor vida, derrotada por el bar de copas y la terraza nocturna.

Hasta hace unos pocos años, con la llegada del mes de junio, con dos santos castizos por medio, San Antonio y San Juan, ya se sabía: verbena a la vista. «La primera verbena / que Dios envía / es la de San Antonio / de la Florida», se cantaba por estas fechas en Madrid.

Todavía, en algunos pueblos permanece la costumbre de la verbena, mantenida más por la vocación de los castizos que por la devoción juvenil, verbena un tanto *light* en la que la chulapa de rompe y rasga viene siendo sustituida por la moderna y un poco esquelética aspirante a *modelo*; el enjaezado coche de caballos por la moto de postín, el sorbete de avellana por el cubata y, en fin, el tiro al blanco por el juego de rol.

Alguna vez cabe la sorpresa de descubrir, incluso en la gran ciudad, un conato de verbena, un tanto asfixiada por la arquitectura del cemento, en la que, por supuesto, al visitante le será difícil tropezar con la chula de abanico y mantón firmada por Serny y, claro está, con los tachines jacarando-

del pasodoble a la española, también en trance de derrota, incluso en el mismo labio de nuestras folclóricas, más bien dadas actualmente a la fácil baladita cursilona que al verdadero folclore españolón.

No, no se parecerán estas verbenas a las exaltadas en su día por Ramón Gómez de la Serna o Gutiérrez Solana. Sin embargo, a trancas y barrancas, tampoco dejarán de constituir de alguna manera una más o menos entrañable muestra de lo que de castizo queda aún en el alma española, hoy ésta en manos de Mercedes Milá.



II
Aquel escritor intentó emular si no sus altas cualidades literarias, al menos las brevedades

del tan traído y llevado cuento del dinosaurio, firmado por Augusto Monterroso, reciente Premio Príncipe de Asturias. Escribió así aquel escritor su relato personal: «El dinosaurio se merendó al protagonista del cuento».



III
Con el trasfondo de la carcoma trajinando en las minigalerías del mueble gótico, fantasma entra, fantasma sale, rotos así los silencios de la noche, nacieron los mejores guiones de las películas de terror.

IV
Lo peor y más imperdonable de aquella noche del terremoto fue para ella la fatalidad de no encontrar a tiempo la barra de labios, sin maquillar huyendo a toda prisa.

V
Lo que más echan de menos los asistentes a los actuales espectáculos musicales con música grabada no es precisamente la ausencia de

El minicuento de urgencia

Fea, más que fea

Todos coincidían: fea, más que fea vino a salir la niña, con sus labios gordales, sus mofletes de vieja muñecona, pepona de feria, hazmerreir del pueblo. Todos los niños, revestidos de esa despiadada crueldad de la infancia, esperábamos su salida del colegio de doña Candelaria, molinillo de papel de colores en una mano, para silbar su paso torpe, para apedrearla con la cruel sarta de burlas, así inventando lo que pudiéramos llamar la más despiadada letanía de los antiapiropos.

Bien lo recuerdo yo. La niña fea, más que fea, una tarde fue apedreada no sólo con dolorosas palabras sino con verdaderas piedras, una de las cuales le rebotó en la cabeza, provocándole un cómico bulto, y fui yo, que no otro, el que se acercó a la fea más que fea y con mucho respeto le besó el chichón.

Lenguas de doble filo lo proclamaban luego, ya cuando la niña fea, más que fea iba para mocita: que, según propia confesión personal, las fiestas que más le hacían tilín era las correspondientes a los carnavales en cuyas jornadas podía ganar milagrosamente la belleza prestada de una careta de cartón. Bueno, y no digamos nada de sus afanes aguardando impacientemente la Semana Santa, en la que llegaba a figurar en todas y cada una de sus procesiones, con la victoria del bonito

capuz bordado defendiéndole el propio rostro cubierto.

Y pasados los años —¿demasiados?—, ya uncido uno para siempre a la gran ciudad, empujado por la nostalgia del tiempo ido, aproveché unos días de vacaciones para reecontrarme con el pueblo de mi niñez con una hermosísima muchacha a la que le pregunté por la que un día como la más fea del pueblo fue reconocida. Me contestó sonriente, con un rictus en el que no pude dejar de advertir así como una leve dosis de venganza:

—Yo soy la hija de la fea, señor.

Resultaba que casada un día con un viudo, viuda ella misma a la sazón, la fea más que fea venía a hacer válido una vez más aquel axioma popular que certifica la perfecta escritura de Dios con renglones torcidos.

—¡Figúrate! —me sonrió feliz—. ¡Esa vara de nardos, nacida de la fea más fea!

No cuento más. Basta señalar, sin embargo, que cuando me despedía de la fea más que fea, me dijo:

—¿Recuerdas aquel chichón que me produjo una piedra el día que fui apedreada? Pues bien, en lo que hoy es solar de aquel bulto sangriente que tanto me dolió, guardo todavía la limosna de tu beso.



la música en directo sino aquellos momentos anteriores a la función en los que los músicos afinan sus instrumentos respectivos: dulzura del arpa, gemido del violín, aviso del trombón.

VI
Tiempos de la Biblia por medio, una niña le dice a otra, ambas coleccionistas:

—Te cambio una pluma del Arcángel Gabriel por una bolsa de virutas del taller del carpintero José, tu vecino.

VII
Falacia del que proclamó haber visto a alguien vestido de extraterrestre.



Era un extraterrestre verdadero.

VIII
—¿La de tiempo sin verte, pocho-la!

—Desde el último estreno de Echegaray, mona.

—¿Cómo me encuen-

tras?

—Pelín entrada en carnes.

—Determina.

—Cuarto y mitad.